

LA LUCHA DE CLASES

Jacinto Oddone

"La historia de la sociedad humana, es la historia de luchas de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestro artesano y compañero, en una palabra, opresores y oprimidos, colocados frente a frente en un antagonismo incesante han sostenido una lucha sin descanso, encubierta unas veces, franca otras; lucha que ha terminado ya por la transformación revolucionaria, de la sociedad, ya por la destrucción de las dos clases contendientes".

Esto escribían Carlos Marx y Federico Engels en el año 1847, en un famoso documento de capital importancia política y social, que se llama Manifiesto Comunista y que contiene los elementos fundamentales sobre que se asienta la teoría del socialismo científico.

¿QUE ES LA LUCHA DE CLASES?

La lucha de clases es la lucha entre la clase rica y la clase pobre. Aquélla, por mantener y acrecentar sus privilegios y sus riquezas; ésta, por libertarse del yugo que la sujeta a aquélla, en su aspiración a una vida más humana, más justa y más noble. Es la lucha entre la clase capitalista, dueña de la tierra, de las máquinas, de los elementos de trabajo, de los medios todos de producción, y la clase trabajadora, que sólo posee la fuerza de sus brazos y de su mente y que para poder vivir se ve forzada a venderla a la otra clase por un salario o sueldo que solamente le permite adquirir los medios de vida indispensables para reponer diariamente sus energías y seguir sirviendo en la producción.

Hasta hace poco -y el hecho no ha desaparecido del todo - era común oír de labios de los privilegiados de la fortuna, de aquellos a quienes no ha llegado la maldición de ganarse el pan con el sudor de su frente que, según dicen, lanzó el terrible Jehová contra el hombre cuando arrojó a Adán del paraíso terrenal, después del asunto aquel de la manzana, que la lucha de clases es una cosa inventada por perturbadores del orden social en su afán por instigar a los pobres contra los ricos. Y es así como hemos visto y vemos a gobiernos reaccionarios considerarla un simple asunto de orden público que se soluciona con el machete policial o el calabozo, cuando no con el fusil o con el cañón, toda vez que, de resultas de esta lucha, los intereses capitalistas se ven amenazados por los trabajadores que, en movimientos colectivos, exigen más salario y mejor trato en el trabajo.

Pero como malogrado estos procedimientos y no obstante las persecuciones y atropellos de toda índole, la lucha se mantiene latente y va ampliando su radio de acción, los más capaces de entre los enemigos del progreso social han debido admitir, si bien a regañadientes, que la lucha de clases no es la resultante del capricho, de la voluntad, de la elocuencia, del poder de convicción de tal o cual agitador o caudillo, ni de éste o aquel grupo social, disconforme o levantisco, sino que es la manifestación del derecho a la libertad y a la vida, a un mayor bienestar, a la conquista del fruto de su trabajo, por la clase que produce, que en el curso de la historia se ha puesto de relieve de conformidad con las peculiaridades de cada régimen económico, habiendo sido en todas las épocas la fuerza propulsora del progreso, de la civilización, del desarrollo histórico, del desenvolvimiento industrial, en cuyo proceso desempeñó el más importante y

fundamental de los roles.

¿Qué sería del mundo, de la civilización, si las clases productoras se hubieran conformado siempre, sin chistar, con soportar el dogal que las sujetaba a las clases ricas, sin pensar en quitárselo en movimientos de protesta, de rebelión, de lucha organizada, de violencia, según lo imponían las circunstancias del momento? Pues que la clase obrera se habría ido extinguiendo de hambre, de fatiga y de malos tratos, y que aún viviríamos en pleno régimen de la esclavitud. Tal es lo que pasó en América con los indios del Perú, durante la conquista. Los conquistadores españoles los esclavizaron sometiéndolos a trabajos tan brutales en las minas y en tales condiciones, que en el transcurso de dos siglos murieron a millares de hambre, de fatiga, y a palos, debiendo ser reemplazados por negros que traficantes desalmados hacían transportar desde las costas de Africa, los que a su vez eran también esclavizados y tratados de la misma manera que los indios.

Ese es el sistema de trabajo y de vida que todavía perduraría en el mundo, si los pobres, los explotados, no se hubieran rebelado y, en lucha siempre desigual, no hubieran defendido su dignidad y su vida a objeto de elevarse a la categoría de seres humanos. Y como en aquella condición la fuerza de trabajo era barata y abundante, ningún capitalista habría invertido su dinero en mejorar la técnica del trabajo; los elementos de producción serían de lo más primitivo y el progreso colosal material, moral, intelectual que observamos y del que en buena parte gozamos en todos los órdenes de la vida, sería todavía una cosa desconocida, una utopía, una visión lejana, una fantasía de algún novelista de nota.

LA VIDA EN LA PREHISTORIA

En los tiempos prehistóricos, cuando las poblaciones, nómades vivían de la caza y de la pesca y recorrían las distancias armadas de su arco y su flecha para procurarse los alimentos, y cada cual sólo podía subvenir a sus propias necesidades, no se conocía la lucha de clases. Ni existían clases.

Nadie, en aquella lejana época habría intentado someter a su semejante para hacerlo trabajar para él, pues los elementos de trabajo, arco y flecha, no permitían producir más que para su propio dueño, no dejando ningún remanente que incitara la codicia de los demás. Pero con el andar de los siglos apareció la cría de animales, la agricultura, y estas nuevas formas de producción introdujeron un cambio fundamental en el sistema de vida de aquellas gentes. Las nuevas tareas exigieron la radicación de las poblaciones en un lugar fijo. Los primeros síntomas de cooperación en el trabajo aparecieron en el mundo. Se formaron las tribus, primera expresión de sociedades civiles. Las primeras herramientas de trabajo se incorporaron a la producción. El laboreo de los metales completó la obra.

En estas condiciones un hombre pudo producir un poco más que lo necesario para su propia subsistencia. Y comenzó la lucha por apropiarse del producto ajeno; comenzó la lucha de clases. Los más fuertes atacaron y sometieron a los más débiles, apropiándose no sólo de sus tierras, de sus animales, de sus herramientas, sino de ellos mismos, esclavizándolos y haciéndolos trabajar para ellos.

LA ESCLAVITUD

Durante más de doce mil años, individuos primero, tribus después, poblaciones enteras

más tarde, posteriormente naciones organizadas, con sus ejércitos mercenarios, sostuvieron largas y brutales guerras de conquista y de rapiña, que terminaban siempre con la esclavización de los vencidos, estableciéndose lo que se conoce por el régimen de la esclavitud. Y hubieron amos y esclavos. Los esclavos eran llevados al mercado público donde eran vendidos como ganado humano. Los ricos los compraban para hacerlos trabajar en toda clase de menesteres, teniendo sobre ellos derecho de vida y de muerte. El amo podía castigar al esclavo, hacerlo trabajar en los trabajos más pesados y penosos, pudiendo hasta matarlo a palos, sin que el esclavo tuviera ni el derecho de quejarse. El esclavo carecía de protección, estaba fuera de la ley, no podía tener familia, siendo considerado una cosa cualquiera que se compra y que se vende. ¿No decía, acaso, Aristóteles, un filósofo que vivió 350 años antes de nuestra era, que "no es grande la diferencia que hay entre el esclavo y la fiera", que ambos solamente por su cuerpo son útiles, agregando que "algunos seres, desde el momento en que nacen, son destinados a obedecer y otros a mandar" redondeando su pensamiento con la afirmación de que "es evidente que unos son por naturaleza libres y otros por naturaleza esclavos, y que, por consiguiente, exigen que el esclavo acate la autoridad y la justicia"?

Y la religión Brahmánica, que comprende a más de cuatrocientos millones de seres, ¿no ha descubierto que Brahma sacó de su cabeza a los sacerdotes, de sus brazos y piernas a los guerreros, de su cuerpo a los comerciantes y de sus pies a los parias, indicando con esto que los que trabajan deben soportar el peso de todos los demás que solamente consumen ?

Y la iglesia católica, ¿ no ha estado siempre del lado de los ricos y los poderosos, justificando su existencia y la explotación del trabajo ajeno ?

¿No favoreció siempre a los dictadores? ¿No fue acaso el brazo fuerte del megalómano Mussolini? ¿.No bendijo las armas de los ejércitos extranjeros que combatieron en favor del dictador Franco en su asalto a la república española que había jurado defender? ¿Y no es en la Argentina el apoyo más decidido del régimen fascista de Perón, cuya elección a presidente favoreció y recomendó, a cambio de la entrega de la enseñanza pública y de prebendas de toda clase ?

Si bien no resultaba fácil a los esclavos salir en defensa de sus libertades y sus derechos de seres humanos, sin embargo, la protesta contra ese estado inicuo de cosas debía ser latente en su espíritu, pues las luchas contra los amos se registraron en muchas oportunidades en forma de rebeliones que, naturalmente, siempre eran sofocadas a sangre y fuego por los mercenarios armados que defendían a los amos.

Entre las protestas más expresivas que se recuerdan, a través de los siglos, se encuentran la que encabezó Espartaco en Italia el año 71 antes de Cristo, llevando a cabo una larga guerra contra los amos, y la que motivó el retiro de los esclavos de Roma al Monte Aventino. El episodio más culminante de este último hecho consiste en la intervención que en él tuvo aquel cónsul romano, Menenio Agrippa, a quien el Senado de Roma envió para calmar a los esclavos y a los cuales refirió el apólogo que a través de los siglos, todavía se recuerda. Díjoles Agrippa a los esclavos que no tenían ninguna razón en asumir aquella actitud de rebeldía, antes al contrario que debían agradecer a sus amos que los tuvieran de esclavos, pues el cuerpo social, agregaba, es semejante al cuerpo humano. Si en el cuerpo humano, el estómago deja de recibir alimentos, el cuerpo se debilita y al fin se muere. Del mismo modo si en el cuerpo social, los amos que constituyen el estómago, dejan de ser alimentados, el cuerpo se debilita y perece, con gran perjuicio para los esclavos que ya no tendrían quien los mandara. De donde

deducía el señor Agrippa que los esclavos debían estar muy contentos de que sus amos los hicieran trabajar y vivieran de su trabajo.

En los pueblos de la América española la esclavitud se inició con la llegada de los conquistadores y sus acompañantes, los frailes, y duró hasta principios del siglo pasado en que la revolución los emancipó de España. Con respecto a la Argentina, la esclavitud fue abolida en el año 1813 por la histórica y famosa Asamblea Constituyente reunida en aquel año, que también abolió el Tribunal de la Inquisición que funcionaba desde hacía 250 años. En el Brasil, la esclavitud fue abolida con el advenimiento de la república en 1889.

LA SERVIDUMBRE

En el siglo cuarto de nuestra era, el régimen de la esclavitud tocaba a su fin. Otro régimen llamado de la servidumbre, el régimen feudal, lo había substituido poco a poco hasta desplazarlo por completo. Los amos que compraban y vendían a sus esclavos, fueron reemplazados por la nobleza y el clero. Barones, condes, marqueses, obispos, fueron, a partir de entonces, los dueños de la tierra. Los esclavos fueron a su vez reemplazados por siervos, nueva denominación que tuvieron los oprimidos y explotados. Los explotados mudaron de nombre, la sujeción a los explotadores cambió de forma, pero los pobres siguieron como antes uncidos al carro de la clase rica.

"Al derrumbarse el Imperio Romano bajo la irrupción de los bárbaros pueblos germánicos -dice Justo - tiempo hacía que la esclavitud había decaído por falta de esclavos. Desde que el poder militar de Roma apenas bastó para defender su inmenso imperio, fueron más los hombres perdidos en las guerras que los prisioneros hechos, y quedaron agotadas las fuentes de trabajo servil que tan abundantemente la habían servido. Se hizo entonces necesario pensar en la reproducción de la clase trabajadora y elevar a los esclavos rústicos a la situación de colonos, cultivadores de pequeños campos donde habitaban con sus familias, y sujetos a un tributo a los propietarios del suelo, todavía acaparado en forma de latifundios por la clase rica".

En el nuevo régimen, que duró alrededor de 1500 años, el siervo no pertenecía al señor, como en la esclavitud pertenecía al amo. El siervo pertenecía a la tierra que trabajaba.

"El esclavo, dice Marx en "Capital y Salario", no vende su fuerza de trabajo al propietario de esclavos, precisamente como el buey no vende sus servicios al campesino. Es el mismo esclavo quien es vendido una vez para siempre junto con su fuerza de trabajo. Es una mercancía que puede pasar de manos de un amo a las de otro. Su fuerza de trabajo no es una mercancía sino que él mismo es una mercancía.

"El siervo vende sólo una parte de su esfuerzo de trabajo. No es él quien recibe un salario por parte del dueño de la tierra: más bien es éste quien recibe un tributo de parte del siervo. El siervo pertenece al fundo y produce para su señor".

En este régimen, cada señor feudal poseía una extensión determinada de tierra, en relación con el título de nobleza que ostentaba, y habitaba en su castillo, convertido en fortaleza y defendido por un cuerpo de caballeros armados, prontos a repeler cualquier ataque de parte de los feudatarios que lo rodeaban. El era dueño y señor en su fundo, imponía su ley, administraba justicia, castigaba a quienes infringían sus órdenes, establecía multas, cobraba derechos para todo lo que era de uso de los siervos y era en muchos casos el señor de horca y cuchillo que disponía hasta de la vida de sus súbditos.

Tanta era la prepotencia de estos señores que en ciertos feudos de España existía lo que se llamaba el derecho de pernada, que consistía en la infamia de tener la novia que acostarse con el señor la noche anterior al matrimonio.

Los siervos tenían la obligación de entregar al señor una parte de las cosechas, o trabajar varios días por semana en sus tierras o contribuir con dinero a su sostenimiento, además de soportar todas las gabelas que se le aplicaban, con o sin motivo sólo para aumentar los ingresos del señor. Como se ve, la protección que los señores otorgaban a los siervos, defendiéndolos con sus milicias mercenarias de las posibles invasiones exteriores, era bastante cara y pesada.

No obstante el rigor que es de imaginar rigió en aquellos fundos, pequeños estados tiránicos en que se dividía Europa (condados, ducados, marquesados, principados), la protesta de los siervos se manifestó repetidas veces en forma violenta. En distintas oportunidades estallaron rebeliones y hubieron sublevaciones de siervos contra los señores, de las que aquéllos, desarmados o mal armados, siempre llevaban la peor parte. La más mentada de ellas fue la denominada de la "Jacquerie" así llamada por el nombre de "Jacques Bonhomme" que los nobles daban despreciativamente a los siervos.

En esa rebelión, que se produjo en el norte de Francia, los trabajadores abandonaron sus tareas y armados de palos, de cuchillos y de hoces recorrieron en bandas la campiña francesa asaltando y destruyendo castillos y exterminando las familias de los nobles. No obstante, fueron vencidos por las milicias y ahogada la rebelión en sangre.

LA BURGUESIA

Mientras en el curso de los siglos ocurrían estos hechos, en algunas de las ciudades más importantes, sobre todo en las marítimas, se iba formando una nueva clase social que con el tiempo habría de derrocar al régimen feudal y reemplazar a la nobleza y el clero en el dominio de hombres y cosas; iba apareciendo la clase burguesa.

En dichas ciudades habíase concentrado poco a poco la pequeña y rudimentaria industria que abastecía con sus productos las zonas rurales que las rodeaban. Asimismo las proveía de los artículos que los barcos llevaban de otras tierras.

La forma distinta de trabajar y de vivir de estos artesanos y comerciantes, independientemente de los señores, en que cada uno de ellos era su propio patrón, creó nuevas normas de vida, nuevas relaciones sociales y jurídicas. Su estrecho contacto, la mayor facilidad de comunicarse entre sí, les hizo concebir la idea de unirse para la prestación de los servicios públicos vecinales más indispensables y para el manejo de sus intereses más inmediatos. De allí partieron los primeros destellos de libertad política y de resistencia organizada contra el régimen feudal. Con el andar de los años la idea se fue extendiendo a otras ciudades o burgos, que así se llamaban entonces -de donde deriva el término de burgueses - y donde también surgieron los primeros gobiernos comunales, tanto que en el siglo XII se conocían burgos manejados por los propios vecinos en Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y España. La burguesía hacía su entrada en la historia, desarrollándose en el propio seno de la sociedad feudal, así como ésta se había iniciado y desarrollado en el régimen de la esclavitud. El desarrollo del comercio con el descubrimiento de nuevas tierras, la ampliación de los pequeños talleres individuales con la entrada de la manufactura, el invento y la aplicación de elementos mecánicos cada vez más perfeccionados, fueron afirmando el régimen burgués y substituyendo paulatinamente el régimen feudal. Apareció el proletariado y la

explotación capitalista. El sistema de trabajo a salario reemplazó la antigua manera de procurarse la subsistencias. La desocupación, la inseguridad, la miseria, indicaban que un nuevo régimen de trabajo y de vida había hecho su aparición en la historia.

El nuevo sistema de producción cambió las relaciones entre explotados y explotadores.

A los nacientes pequeños industriales ya no convino tener a su cargo al trabajador como ocurría en los tiempos de la esclavitud, ni entregarle sus tierras a cambio de productos como en el feudalismo. Y el trabajador asalariado fue libre. Libre de morir de hambre si no encontraba quien lo quisiera explotar. Ya no dependía de un patrón determinado, pero la clase entera de los trabajadores dependió de la entera clase capitalista. El trabajador pudo desde entonces dejar el trabajo, cambiar de patrón, pero para seguir viviendo tuvo que buscar otro trabajo y caer bajo otro patrón.

Ya no dependió desde entonces de un patrón; dependió de todos los patrones.

Con el sistema capitalista de producción, la lucha de clases cambió de forma. Patrones y obreros, asalariantes y asalariados, capitalistas y proletarios, se colocaron frente a frente, cada uno en defensa de sus intereses; el patrón, tratando de que la producción fuera barata y abundante, pues en ello iba su vida y su prosperidad, el obrero, cuya única retribución era el salario, procurando que éste y las condiciones generales de trabajo le fueran cada vez más favorables.

Un nuevo elemento de defensa del trabajador, desconocido hasta entonces y propio del nuevo régimen de trabajo, se incorporó a la lucha: la huelga. Y las hubieron numerosas y a veces violentas. A medida que las máquinas entraban en la producción, los obreros eran arrojados de los talleres y lanzados a la miseria. Y esos hechos también motivaron huelgas y levantamientos en masa. Las máquinas fueron destruidas, considerándolas culpables de las desgracias que sufrían los trabajadores.

El primer levantamiento de obreros, de vastas proporciones con relación a la época, fue uno llevado a cabo en Londres donde apareció un personaje que, al igual que el recordado Menenio Agrippa, quiso calmar la rebelión, echando a los pobres la culpa de sus propios males.

El hecho sucedió en el año 1783 en que el economista Tomás Malthus enunció su teoría de la población, según la cual, mientras ésta crece en forma geométrica, 2, 4, 8, 16, 32, etc., los alimentos sólo crecen en forma aritmética, 1, 2, 3, 4, 5, 6, etc., con lo cual a la vuelta de pocos años, la humanidad estaba condenada a morir de hambre. De allí infería el señor Malthus que la causa de la miseria de los trabajadores no provenía del egoísmo de los ricos, según decían los pobres, sino del exceso de población. Por consiguiente el remedio no consistía en protestar contra los ricos sino en reducir la natalidad. El descubrimiento, que teóricamente en el fondo es exacto, pero del que la sabia naturaleza se encarga de evitar las consecuencias, sirvió de perla a su autor para salir en defensa de la clase rica, que debe habérselo agradecido por lo oportuno, pues los trabajadores volvieron a sus tareas decididos a reducir los nacimientos⁽¹⁾.

Con el andar de los años, los medios mecánicos de producción, la concentración industrial que se iba operando en todas las ramas del trabajo, aumentaron el número de asalariados. Pequeños patrones desplazados se iban incorporando al ejército del proletariado. La diferencia de clase se profundizaba. Las huelgas y los conflictos violentos se sucedían y aun cuando la Revolución Francesa de 1789 había abolido los

últimos vestigios de la sociedad feudal quitándole el poder al clero y a la nobleza, dando los Derechos del Hombre y del ciudadano, proclamando que los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derecho, otorgando los derechos civiles y de sufragio a la población, afianzaba y legalizaba el régimen burgués y el derecho de propiedad, al mismo tiempo que votaba la ley Chapelier por la que se abolían las corporaciones de gremios y se prohibía toda reunión de los trabajadores en defensa de sus intereses.

EL PORQUE DE LA LUCHA DE CLASES

Ignorábase en aquel entonces -y se siguió ignorando durante otros cincuenta años - cuáles eran los fenómenos causantes de la lucha de clases. Para los hombres de aquella época, los conflictos entre los obreros y patronos se debían a la maldad de los ricos, a su egoísmo personal, a algún castigo del cielo o a exceso de población, según lo había enseñado el señor Malthus. Aun no se tenía conocimiento de las causas que determinaban los cambios de regímenes sociales.

¿Por qué había existido la esclavitud? ¿Por qué este régimen había sido sustituido por el feudalismo? ¿Por qué éste fue reemplazado por el sistema capitalista? ¿Por qué éste será reemplazado por el socialismo ?

A este desconocimiento se debía la falta de una directiva homogénea y segura que contemplara el verdadero aspecto de la cuestión e indicara a los trabajadores el camino a seguir. A él se debe también el fracaso en que incurrieron muchos abnegados y heroicos reformadores sociales -Babeuf, Fourier, Saint Simon, Blanqui, Proudhon, etc, en su vano intento por construir, con planes fantásticos, sociedades ideales, con las que pretendían suprimir las desigualdades y miserias. A él se debe la aparición del anarquismo, que fundado por Max Stirner por el año 1820, se declaró enemigo de toda organización, obrera, estatal y social, propiciando la acción individual violenta contra los ricos y los jefes de Estados, que consideraba los causantes de la desigualdades sociales.

Pero a partir del año 1847 se inicia una nueva era en la lucha de clases. Una nueva interpretación de los fenómenos sociales, da la verdadera pauta para las luchas obreras y señala el camino inequívoco para lograr su emancipación. Carlos Marx, el más insigne sociólogo del siglo pasado, con su descubrimiento de la teoría materialista de la historia y la de la supervalía, daba base científica a lo que hasta entonces se desenvolvía dentro de un empirismo desconcertante.

Por la teoría materialista de la historia, que Juan B. Justo prefiere denominar "concepción económica" y que, dígame lo que se quiera, hasta hoy nadie ha podido destruir (pues para destruirla tendría que ser reemplazada por otra, que nadie hasta ahora descubrió, salvo que creamos en el milagro o en la generación espontánea), por la teoría materialista de la historia sabemos que "la producción, e inmediatamente después de ella el cambio de los productos, es la base de todo orden social; en todas las sociedades de la historia la distribución de los productos y con ella la división de la sociedad en clases dependen de qué y cómo se cambian los productos. Según eso, no hay que buscar las causas sociales y de las revoluciones políticas en la cabeza de los hombres en su visión más clara de la verdad y la justicia eternas, sino en las transformaciones del modo de producción y de cambio; no hay que buscarlas en la filosofía sino en la economía de la época" sin negar por ello que otras causas puedan influir y han influido en los cambios sociales.

Por la teoría de la supervalía, estamos al tanto de cómo se forma el capital, que no es otra cosa que trabajo no pagado; que la ganancia del capitalista, no es más que la diferencia entre el salario que paga al obrero para hacerlo trabajar para sí, y el precio a que vende el producto del trabajo de éste. Que esta ganancia, con la que el capitalista paga el costo de su vida y aumenta su riqueza, sólo es posible con el sistema de trabajo asalariado que solamente permite a la clase trabajadora una vida miserable e insegura sin que nunca pueda salir de su condición de explotada. Que la clase capitalista es dueña de los destinos del mundo, porque es dueña de los medios de producción.

Estos dos descubrimientos de Carlos Marx, dieron nuevo impulso y nueva forma a la lucha de clases. Los trabajadores comprendieron desde entonces que la explotación, la miseria, las desigualdades sociales, no eran cosas inventadas y puestas en práctica por los capitalistas para oprimir y hacer desgraciados a los trabajadores, sino que unos y otros son la resultante del régimen social en que vivimos y al que condujo una larga evolución de millones de años.

No era, pues, contra las personas que había que ir, sino contra el régimen que permite las desigualdades e injusticias sociales. No era contra las máquinas, contra el progreso, contra la ciencia, que había que tomar posición sino que había que dirigir estos elementos en un sentido en que no solamente fueran beneficiosos para unos pocos, como son hoy, sino que sirvieran para mejorar la vida, aliviar las penas y suprimir los dolores que aquejan a la humanidad entera.

¿Cómo? Haciendo que las máquinas, las tierras, elementos de trabajo, de transporte, etc., que hoy son de propiedad privada y pertenecen a los capitalistas, sean de propiedad de todos, sean colectivos. Con esta transformación en el sistema de producción, las riquezas se producirían para todos. No habría acaparamiento de productos, se acabaría el trabajo asalariado y la explotación capitalista, desaparecería la lucha de clases, pues ya no habría clases y la humanidad viviría una nueva vida de felicidad y de bienestar.

El régimen capitalista, en tanto, se desarrollaba a ojos vistas. Los elementos mecánicos, reemplazaban a gran carrera al trabajo manual. La máquina a vapor, que había entrado en la industria, substituía la tahona y la fuerza muscular. El telar mecánico reemplazaba la rueca y el telar a mano; el ferrocarril, desplazaba la carreta; el buque a vapor substituía al barco a vela; el telégrafo acortaba las distancias; los mercados de concentración de productos facilitaban la comercialización de artículos fabricados o cosechados en las zonas vecinas y lejanas; los establecimientos industriales, cada vez más grandes, absorbían cada día mayor producción y suprimían los pequeños talleres individuales, cuyos dueños pasaban a formar parte de la clase asalariada; la producción en general arrojaba al mercado cada vez mayor cantidad de elementos de vida que los trabajadores no podían adquirir por falta de salario; la desocupación y la miseria se presentaban como un azote terrible e ineludible para la clase trabajadora.

Esta situación no tenía, al parecer, solución. De seguir desarrollándose y concentrándose la industria y la riqueza en pocas manos, de seguir incorporándose a la producción nuevos elementos mecánicos, los pobres serían cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos. Tal era el pensamiento predominante entre los hombres, aun de los más capaces, del movimiento proletario de aquella época.

¿Qué hacer frente a estos hechos? La clase trabajadora carecía aún de derechos políticos. Y en aquellos países de Europa donde los fue conquistando después de las revoluciones de 1830 y 1848, carecía de la conciencia necesaria para comprender su

importancia y no se había dado aun ningún programa de lucha que contemplara su intervención como clase en las luchas comiciales, aunque en Francia, Alemania, Inglaterra, en alguna ocasiones los trabajadores daban sus votos a candidatos burgueses que les prometían la sanción de leyes de protección. De allí no pasaba su participación en la política. Lo único que veían práctico y claro era la revuelta, la insurrección que, bien organizadas, les daría el dominio del mundo a plazo fijo, arrojando a la clase capitalista del poder. Con ese pensamiento se dieron a preparar a los trabajadores para lo que llamaron "el día de la revolución social" fecha en que darían el asalto a la sociedad capitalista. Marx mismo creyó en la posibilidad de éxito de este procedimiento, que supuso habría de producirse diez años después de escrito el Manifiesto Comunista. Pero pasaron los diez años y otros más y la revolución social no se produjo, aunque la historia del movimiento obrero en pro de su emancipación registra hechos heroicos de insurrecciones y rebeliones en que los trabajadores perdieron sus vidas por defender sus derechos, las cuales, desgraciadamente, siempre fueran ahogados en sangre.

Evidentemente esos procedimientos no daban resultado. La lucha de clases había que llevarla a otros terrenos que se ajustaran más a la realidad de los hechos y fuera más concorde con los momentos en que vivía el proletariado.

LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE TRABAJADORES

A ese objeto respondió la creación de la "Asociación Internacional de Trabajadores", que reunió en una sola fuerza internacional las distintas organizaciones gremiales existentes en los países de Europa.

El hecho ocurrió en el año 1864. En aquel año, con motivo de llevarse a cabo en Londres una reunión de protesta, realizada por los trabajadores de distintas partes de Europa, para condenar la represión sangrienta de la insurrección del pueblo de Polonia que clamaba por su libertad, se echaron las bases de esta organización internacional. Dos años después, en Ginebra, Suiza, quedó constituida la primera fuerza obrera internacional que debía ser el punto de partida de las grandes luchas gremiales y políticas, por la emancipación de los trabajadores del mundo.

Y fue Carlos Marx, quien, habiendo dado en 1847, la voz de orden: "Proletarios de todos los países, unios" tuvo a su cargo la tarea de redactar su Preámbulo y su Estatuto, que por ser un documento de primordial importancia en cuanto fue el primero de esa naturaleza, todos los trabajadores deben conocer. Dice el Preámbulo:

Considerando:

Que la emancipación de los trabajadores debe ser obre de ellos mismos; que los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no deben tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes:

Que la sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda servidumbre política, moral y material:

Que por esta razón, la emancipación económica de los trabajadores es el gran fin al cual debe estar subordinado todo movimiento político;

Que todos los esfuerzos hechos hasta ahora han fracasado por la falta de solidaridad

entre los obreros de las diversas profesiones de cada país, y de una unión fraternal entre los trabajadores de diversos países;

Que la emancipación de los trabajadores no es simplemente un problema local o nacional; que al contrario, este problema interesa a todas las naciones civilizadas, y su solución está subordinada necesariamente a su concurso teórico y práctico;

Que el movimiento realizado entre los obreros de los países más industriales de Europa, haciendo nacer nuevas esperanzas, da una advertencia solemne para no recaer en los viejos errores, y aconseja combinar los esfuerzos todavía aislados;

Por estas razones;

El Congreso de la "Asociación Internacional de Trabajadores" -celebrado el 3 de septiembre de 1866- declara que esta "Asociación" como todas las sociedades o individuos a ella adheridos, reconocerán como debiendo ser la base de su conducta hacia todos los hombres: la Verdad, la Justicia y la Moral, sin distinción de color, de creencia o de nacionalidad.

El Congreso considera como un deber reclamar no solamente para los miembros de la "Asociación" los derechos del hombre y del ciudadano, sino también para cualquiera que cumpla con sus deberes; **"No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes"**.

(Siguen los Estatutos que, en concordancia con este Preámbulo, reglamentan la marcha de la organización).

Pero el movimiento de defensa de los intereses obreros contra el Capitalismo, que seguía desarrollándose en forma asombrosa, no podía limitarse a un solo aspecto de la lucha. La clase capitalista ¿explotaba y oprimía, acaso, solamente, a la clase trabajadora en su carácter de productora? No era acaso la dueña de los destinos del mundo en su condición de fuerza política y no tenía en sus manos la fuerza del Estado, cuyo peso hacía recaer sobre la clase obrera, obligada a obedecer bajo la presión de las bayonetas?

Así lo fueron entendiendo los trabajadores organizados que, en Congresos posteriores de la Asociación Internacional adoptaron resoluciones de carácter político, declarando en el segundo realizado en Lausana en 1867, que "la emancipación social de los trabajadores es inseparable de su emancipación política".

Y los trabajadores fueron comprendiendo que su intervención en la política de cada país y en su condición de organización de clase, era un aspecto indispensable que debían agregar al aspecto gremial adoptado hasta entonces para alcanzar su emancipación.

Debían formar su propio partido de clase, con su propio programa, que debían hacer cumplir en los cuerpos colegiados sus propios representantes. Debían así con su fuerza mejorar la legislación existente y conseguir nuevas leyes que aliviaran y mejoraran la vida del pueblo. Y por fin debían conquistar el poder político como poderoso instrumento para apresurar la transformación de la sociedad capitalista.

Los Partidos Socialistas que se fueron constituyendo fueron los intérpretes de estos propósitos, que realizarían dentro de un amplio ambiente de libertad y de democracia. Libertad y democracia para todos. Para amigos y adversarios. Para que en lucha sincera

y en discusión sin restricciones cada uno adoptara la posición que más concordaba con su modo de ver e interpretar los fenómenos políticos y sociales.

NUEVOS ASPECTOS DE LA LUCHA DE CLASES

A partir de la fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores, la lucha de clases entra en una nueva faz, principio del gran movimiento socialista que había de desarrollarse en pocas décadas en la forma magnífica en que lo vemos en nuestros días. Las organizaciones obreras de Europa, reunidas bajo una sola bandera de lucha, emprendieron su acción en común. Toda la clase trabajadora organizada, se colocó frente a toda la clase capitalista con un solo programa, con una sola aspiración inmediata y futura, con una sola finalidad, con gran ventaja para su éxito sobre la forma desordenada anterior. En el Congreso de 1864 y tres posteriores fueron adoptadas resoluciones de la más alta importancia para el presente y el porvenir del proletariado. Resoluciones sobre los derechos del hombre y del ciudadano, sobre libertades públicas, sobre el maquinismo, sobre las huelgas, contra la guerra, sobre la emancipación de los trabajadores, etc., fueron votadas en aquellas históricas asambleas, dejando profundas huellas en el espíritu del proletariado del mundo. Disidencias intestinas, provocadas por elementos anarquistas dirigidos por Miguel Bakunin, que todavía creían en el método catastrófico para derrocar a la burguesía, contra los socialistas dirigidos por Carlos Marx, que ya contemplaban los fenómenos sociales con otra visión de las cosas y propiciaban el método evolutivo, la lucha pacífica, democrática, y la participación en las lides parlamentarias, hicieron que ocho años después de su fundación, en 1872, la Asociación Internacional de Trabajadores se disolviera, no sin dejar en el espíritu de los trabajadores más esclarecidos profundas enseñanzas que habrían de servirles en las luchas futuras.

Pasaron diez y ocho años, la semilla de la nueva concepción de la lucha y de las cosas del mundo fructificaron y el día 14 de julio de 1889, centenario de la caída de la Bastilla, las organizaciones obreras y socialistas de Europa constituían la "Internacional Obrera y socialista" la que, reafirmando y ampliando los principios y los métodos de la Asociación Internacional de Trabajadores de 1864, daba nuevo impulso a la lucha contra el capitalismo adoptando resoluciones sobre el trabajo y la vida del proletariado, adecuadas a aquel momento histórico. Entre las resoluciones adoptadas figura la relativa a la celebración del 1º de Mayo, al que se le dio después el carácter de fiesta del Trabajo, que hoy celebran los trabajadores de todo el mundo.

Mientras esta evolución en la mente de los trabajadores de Europa iba constituyendo el ejército de ataque y de conquista de las posiciones de la burguesía capitalista, en Estados Unidos de Norte América los trabajadores formaban también poderosas organizaciones obreras, que sostuvieron cruentas batallas contra los capitalistas consiguiendo mejoras y ventajas de enorme importancia. Pero hasta la fecha su acción sólo la desarrollaron en el terreno gremial no habiéndose percatado todavía de la necesidad de la acción política de clase. El Partido Socialista tiene todavía poco arraigo en aquel país. Los trabajadores siguen apoyando los partidos de la burguesía, dividiendo sus sufragios, en las luchas parlamentarias y municipales, entre los candidatos burgueses demócratas y republicanos.

EN LA REPUBLICA ARGENTINA

El movimiento socialista de la Argentina, es el resultado de esta interpretación de la lucha de clases. Orientado por J. B. Justo, ha podido resistir todos los embates de la

burguesía y sus aliados sin retroceder en sus conquistas, ni enmendar su dirección.

Muchos años antes de su aparición, en 1836, un eminente patriota y prócer argentino, Esteban Echeverría, en su "Dogma Socialista" refiriéndose a los trabajadores escribía estas palabras, que prueban no sólo el conocimiento que tenía del problema obrero sino el interés que ponía en su solución.

Decía Echeverría: "El proletariado trabaja día y noche para enriquecer al propietario ocioso; cambia el sudor de su rostro por el sustento para él y su familia. La retribución de su trabajo no es equitativa; apenas le basta para alimentarse; no puede aglomerar fondo alguno de ahorros para educar a sus hijos, curarse en las enfermedades, proveer a las necesidades imprevistas y prepararse una cómoda vejez; el proletariado no puede, en una palabra, ser nunca propietario, ni salir de su miserable condición, ni habilitarse para ejercer derecho alguno social.

El poseedor de los instrumentos de producción lo explota, pues lo hace servir a su provecho como un animal de carga por un mísero salario, cuando no lo arroja de sus talleres ya enfermo o impotente para el trabajo. Y cuántos en momentos de crisis industrial o comercial o por la invención de una máquina, no hallando empleo a sus brazos, se ven impelidos a la mendicidad y muchas veces al crimen, o inscriben desesperados en su bandera de emancipación esta terrible divisa de los obreros de Lyon: "Vivir trabajando o morir combatiendo".

A partir de la sanción de la Constitución Nacional en 1853 y 1860, se abrieron las puertas al capital extranjero y a la inmigración de trabajadores.

Pocos años más tarde, ya instalados los primeros establecimientos industriales, iniciábase la lucha por la defensa de los intereses de los asalariados, que comenzaban a sufrir idénticas consecuencias que los trabajadores de la vieja Europa; desocupación, explotación, miseria, sustitución de hombres en el trabajo por mujeres y niños, horarios inhumanos, etc. Los primeros sindicatos gremiales obreros aparecieron en el país, y con el desarrollarse de la gran industria entre los años 1880-1890 el número de obreros organizados ya era considerable. Las huelgas por el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo se produjeron con frecuencia cada vez mayor.

En el año 1890, con motivo de la celebración del 19 de Mayo, se constituyó la primera Federación Obrera Argentina, agrupando a los gremios organizados, la que dirigida por elementos socialistas desarrolló una labor encomiable, acercando además a los obreros a quienes sus distintos orígenes, sus idiomas, sus costumbres, sus ideas religiosas, mantenían alejados entre sí. Pero la inmigración que trajo a nuestras playas trabajo y progreso, trajo también ideas buenas e ideas malas acerca de la lucha de clases. Elementos anarquistas, enemigos de toda organización, gremial o política, propiciando medidas catastróficas, dando a la lucha de clases el mismo sentido de acción violenta y personal que sus congéneres en Europa, perturbaron durante muchos años la labor serena del proselitismo y de conquista del gremialismo sano y auténtico que sostenían los socialistas, que al fin se impuso y fue la norma de movimiento obrero argentino. Y aunque hoy, un nueva perturbación, manejada y dirigida por la demagogia que gobierna, entorpece la marcha del gremialismo libre, éste terminará por vencer e imponerse como en la ocasión anterior.

El Partido Socialista, constituido en el año 1896, cuya Declaración de Principios y Estatutos redactó

Juan B. Justo, completó y amplió la labor de los gremios, llevando a cabo una vasta tarea cultural y política entre las masas y defendiendo siempre los principios más sanos de libertad y democracia. A su labor tesonera de medio siglo, debe la clase trabajadora argentina todas las mejoras gremiales y legislativas que disfruta, merced a la clara orientación que ha sabido imprimirle su fundador y que afortunadamente seguimos sus discípulos. El es la única esperanza para el porvenir de la nación.

LA SITUACION ACTUAL

El vaticinio de los socialistas europeos de la primera mitad del siglo pasado, según el cual el destino del régimen capitalista era hacer que los pobres fueran cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos no se cumplió afortunadamente, gracias a la organización gremial, política y cooperativa de la clase trabajadora y a la dirección que imprimió en todo momento a la lucha de clases, de acuerdo a las exigencias de cada momento. Antes bien: el progreso que el régimen trajo consigo en su constante evolución hacia formas de producción superiores, favoreció notablemente a la clase trabajadora. Esta no salió, es cierto, de su condición de clase explotada: los asalariados aumentaron en cantidad con la concentración industrial que se produjo en forma asombrosa, pasando del pequeño taller individual a los grandes establecimientos de propiedad de muchos, de sociedades anónimas, trusts, holdings nacionales e internacionales, pero el beneficio de la mayor y mejor producción, del servicio rápido, de las comunicaciones veloces, de las comodidades de todo orden, alcanzaron a todos; a unos más, a otros menos, pero poco o mucho, alcanzaron a todos.

El abismo que separaba los patrones de los obreros, lejos de haberse ahondado, como se suponía entonces que sucedería, se fue atenuando, debido a las mejoras de toda naturaleza obtenidas por los trabajadores organizados en el terreno gremial y legislativo, que los elevó considerablemente sobre la situación miserable en que se debatían en aquella época. Y si bien es verdad que el sistema de trabajo en el fondo es el mismo – y lo será mientras otro sistema mejor no lo sustituya – sin embargo la forma varió notablemente.

Pero el desenvolvimiento del régimen capitalista y la concentración industrial tuvo otras consecuencias, que no se podían prever entonces. Es la incorporación a la masa asalariada de capas sociales que se consideraban como parte de la clase burguesa. Hoy ya no pertenecen a la clase asalariada solamente los que siempre se habían conocido como trabajadores. Hoy se encuentran al servicio del capitalismo en las grandes empresas, formando parte de su personal y percibiendo sueldo como cualquier obrero, aportando su capacidad, su ciencia, su larga experiencia en distintas actividades, médicos, farmacéuticos, odontólogos, químicos, ingenieros, arquitectos, agrimensores, contadores, abogados, procuradores, escribanos, periodistas, además de los directores y jefes de sección, todos los cuales realizan sus tareas sujetos a horarios, a reglamentaciones, a obligaciones, lo mismo que cualquier obrero o empleado. Y, dada la abundancia cada vez mayor de hombres egresados de las universidades, las dificultades para instalar sus estudios, consultorios u oficinas y de hallar clientela para poder ejercer su profesión, no es raro el caso de que en muchas empresas el salario de un obrero especializado o un empleado sea superior al sueldo de un profesional. Es la clase media que va perdiendo su independencia de otros tiempos para confundirse con la clase proletaria y para la cual, la solución del problema de su vida consiste también en la transformación del sistema capitalista para poner sus conocimientos, adquiridos a costa de muchos años de estudio, no al servicio de un capitalista o una empresa por un sueldo, sino al servicio de la colectividad.

El concepto de trabajador ha variado, pues, fundamentalmente con el correr de los años. Hoy ya no se considera trabajador solamente al obrero manual, sino a todo aquel que de cualquier manera realiza una tarea útil y está al servicio de un patrón o una empresa que explota sus actividades.

La lucha de clases adquiere con ello un nuevo aspecto, pues incorpora a los cuadros del ejército proletario nuevos elementos para quienes el régimen de propiedad privada de los medios de producción es una lápida que los oprime lo mismo que a los obreros manuales. Unos y otros deben bregar unidos en el propósito de su transformación.

El movimiento socialista, libre y democrático, que ha recogido las enseñanzas de la historia aplicándolas a su labor de todos los días, educando y elevando a las masas, es la expresión más pura y genuina de esta lucha. El Partido Socialista es su conductor. El socialismo es su meta. El socialismo, que poniendo término a la lucha secular entre las clases sociales con la supresión de las clases, dará al mundo una era de paz, de libertad y de justicia.

(1) El presidente Perón, en el discurso pronunciado el día 25 de octubre de 1948, descubrió otra teoría para explicar las causas de la miseria, teoría que, aunque de características distintas a las del economista Malthus, llega a conclusiones semejantes. Para el presidente Perón la miseria no reside en la forma de producción capitalista, en el trabajo asalariado, en la propiedad privada de la tierra y de los elementos de trabajo, en la explotación del hombre por el hombre, en que la clase capitalista se apropia de la mayor parte de lo que producen los trabajadores, dejándoles apenas con qué vivir miserablemente, no. Para el presidente Perón la causa de la miseria consiste en que el planeta en que vivimos es demasiado pequeño y no da abasto para alimentar a sus habitantes.

Según sus cálculos, el planeta sólo tiene mil seiscientos millones de hectáreas laborables que producen la alimentación de los hombres. Como los habitantes son tres mil millones y cada habitante necesita por lo menos una hectárea laborable para vivir (poco más o menos lo que necesita una vaca en el campo) y no hay disponible más que media hectárea para cada uno, resulta "que la humanidad está a media ración o la humanidad tiene su mitad que no come". ¿Entiendes Fabio?

El presidente Perón no da la solución del problema, pero a mi me parece sencillo. Dado que no es posible aumentar la superficie del planeta, porque no se lo puede inflar, la solución consiste en eliminar mil cuatrocientos millones de individuos. De modo que, quedándoles a los mil seiscientos millones restantes una hectárea laborable para cada uno, la humanidad podrá vivir tranquila y feliz comiendo a ración entera.

Y pensar que, desde hace siglos, centenares de pensadores es devanaron los sesos por resolver el problema social!